

La evolución del trabajo en la antigua Grecia.

INFORME LEÍDO POR EL **Exorno. Sr. Marqués de la Vega de Armijo**, EN LAS SESIONES DEL 16 Y 23 DE OCTUBRE DE 1906, ACERCA DE UN ARTÍCULO DE MR. PAUL GUIRAUD, PUBLICADO EN LA *Revue des Deux Mondes*, DEL 1.º DE FEBRERO DE 1902.

I

La *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de Febrero de 1902 publica un artículo de M. Paul Guiraud, que se titula «La evolución del trabajo en la antigua Grecia».

El autor comienza tratando del enlace entre el trabajo y las instituciones políticas, por más que á primera vista parecen de naturaleza distinta, como se propone demostrarlo en su artículo.

Los documentos más antiguos que nos dan idea sobre la organización del trabajo en Grecia son la *Iliada* y la *Odisea*, y aunque la sociedad helénica venía de muchos siglos atrás, nada se sabe de ella y hay que referirse á la época homérica, es decir, entre el siglo x y el vu antes de Jesucristo.

Para saber cómo trabajaban los hombres en esa época comienza el autor por examinar cómo estaba la familia constituida, que era la patriarcal y, por consiguiente, se asemejaban á esas comunidades domésticas que aún existen en Oriente y en algunas ciudades de Hungría y Croacia, y que agrupaban bajo un mismo techo á muchas personas, parientes entre

sí, semejantes á las que describe la *Iliada* en el palacio de Príamo, cuando dice que había cincuenta habitaciones en que descansaban cerca de sus esposas los hijos de Príamo, y enfrente al patio de las mujeres había doce habitaciones en que reposaban cerca de sus castas esposas los yernos del Eey. Lo mismo describe en la *Odisea* á Pilos, cerca de Néstor, con sus seis hijos casados y otros solteros y muchos nietos.

La familia patriarcal es una organización que tiene en sí cuanto necesita. Posee una casa y una finca que, por regla general, está indiviso con servidores libres que los ayudan ó no en sus trabajos, y como todos están interesados en su prosperidad y como las obligaciones son las mismas, no había plaza para el ocioso.

Homero nos describe las instituciones sociales de su tiempo con gran precisión. Sus cantos parecen coincidir cuando la familia patriarcal estaba para deshacerse; pero dice lo bastante para adivinar la especie de trabajo que entonces existía.

El trabajo estaba muy estimado y los más altos personajes trabajaban y se vanagloriaban de ello, á cuyo efecto cita al Rey Ithaque, que no era sólo un gran agricultor, sino un hábil artesano; que París había edificado su propia casa y Homero habla de estanques en que los hijos de los Tróvanos lavaban su propia ropa, y que las hijas de Eleusis iban á buscar el agua á la fuente. Al que en la familia le repugnaba el trabajo no tenía más que irse; se estimaba tanto el trabajo, que los poetas se lo imponían á los dioses.

Pero á pesar de su buena voluntad, la familia no podía por sí sola hacer cuanto necesitaba, y esto trajo la idea de dirigirse á obreros de fuera para la confección de trajes, etc.

Homero señala pocos esclavos que hubiesen nacido en la casa de sus amos. Casi todos eran prisioneros de guerra ó individuos aprisionados por los piratas, desgracia que alcanzó á hombre de elevado rango como á Eume y Ulises, que era hijo de Rey, y á quien un esclavo infiel lo entregó á los navegantes tapíanos.

Varios hijos de Príamo fueron reducidos á la servidum-

bre porque cayeron en manos de sus enemigos. En esos tiempos de falta de seguridad nadie estaba al abrigo de un peligro semejante. Si era triste la situación, tenía la ventaja de que no se podía vivir aislado en medio de una sociedad expuesta á tantas violencias. Para tener tranquilidad era menester agregarse á un grupo que estuviera en condiciones de proteger á todos los suyos; cuando no se tenía familia, lo mejor que se podía hacer era que lo admitieran en otra. La esclavitud, por lo tanto, era un medio imperfecto de crearse una nueva familia. El esclavo era miembro de la familia en que entraba, y era, como decían, el hombre de la casa, y con tal de que su situación fuera tolerable, se acomodaba á ella fácilmente. Lo que indudablemente existía, por una parte, era el respeto, la abnegación y el afecto, y de la otra, la benevolencia y la dulzura. Por consecuencia de ocuparse en común, se acercaba el esclavo al amo, y muchos hombres libres explotaban sin vergüenza la fuerza física de una cantidad de hombres que no tenían de tales más que el nombre.

El servicio doméstico estaba en general reservado á las mujeres; Homero habla de los hombres sólo como cocheros, palafreneros y sirviendo la mesa; pero esto era tan imperfecto que con frecuencia llamaban á gentes del campo para que les ayudaran. Las mujeres eran más numerosas para el servicio doméstico; por regla general, Ulises, que no era muy rico, tenía cincuenta, que" dirigía el ama de la casa asistida de otra, que solía ser una vieja esclava ú otra que había sido nodriza, que trabajaba como las demás y enseñaba á las nuevas.

Los trabajos del campo los hacían los esclavos. En la época homérica los terrenos cultivados tenían poca extensión, mientras que los campos para pastos cubrían grandes espacios. Como se alimentaban principalmente de carne, la riqueza se medía por el número de cabezas de ganado que se poseía. Cada uno tenía el derecho de enviar sus ganados á los campos públicos; sin embargo, en la *Odisea* se advierte ya un esfuerzo de apropiación de tierras, que antes eran proindivi-

sas; tal es el caso de Ulises, cuyos cerdos se instalaron en un sitio rodeado de piedras con su empalizada.

Leyendo la *Odisea* debía creerse que todos estos hombres gozaban de independencia completa. Cita algunos que la tenían, en efecto; pero, por ejemplo, habla de Herte, que era únicamente un propietario que vivía en el campo, cuya existencia era sencilla, puesto que comía con sus esclavos, vigilaba su trabajo y él mismo trabajaba cuando le parecía conveniente.

Al lado de los esclavos se ocupaban también los obreros libres. En Grecia habla una multitud de aventureros que las circunstancias arrancaban de sus hogares. Asesinos que huían de la venganza de los parientes de sus víctimas, individuos echados ó que voluntariamente abandonaban sus familias, otros fugitivos y hasta hombres que sólo eran un estorbo. Cuando estos individuos acababan con los medios de subsistencia buscaban el modo de entrar al servicio de otros, pero nunca lo hacían más que temporalmente, y éstos sólo arrendaban, por decirlo así, sus brazos en cambio de vivienda, de alimentación y de ropa. El momento más favorable era el de la recolección y la vendimia. Los thetes, que era como se les llamaba, tenían la ventaja sobre los esclavos de ser libres; pero en realidad eran más desgraciados, porque no tenían jamás la seguridad del día siguiente. Aunque se contentasen con poco, no encontraban siempre donde colocarse, y no era más que un corto respiro de su desdicha; he aquí por qué el esclavo prefería la servidumbre á una libertad tan peligrosa.

Aunque la familia estuviera organizada de manera á producir la mayor parte de los objetos indispensables, había en los siglos homéricos una clase de artesanos libres, y los poetas, lejos de despreciarlos, creían que estaban inspirados por los dioses; entre ellos los había que iban de ciudad en ciudad; pero la mayor parte trabajaban en sitios fijos, con tanta más razón cuanto que los oficios eran pocos. Verdad es que el régimen patriarcal era un obstáculo al desenvolvimiento de la industria libre; pero nada prueba que en Grecia, como

supone Grotto, hubiera, como en la India, en cada pueblo su herrero, su carpintero, etc., que allí son por cierto pagados por el Ayuntamiento, mientras que en Grecia el que ejercía un oficio era en completa libertad, hasta el punto que ni se huía de la concurrencia de los extranjeros. Ya comienza á verse en el trabajo femenino el principio de la industria. El artesano no estaba siempre en su tienda; iba á las casas y aceptaba que le dieran el material, si era costoso, no advirtiéndose la menor indicación de un taller en que estuvieran reunidos bajo la autoridad de un patrón ni los esclavos ni los hombres libres.

En un pasaje de la *Iliada* se habla de un individuo que manda á otros que estiren una piel de toro, y los términos, en que lo hace demuestran que no son esclavos. ¿Es éste un jefe de industria? Es posible, dice el autor, pero no es seguro, puesto que los textos dan más la impresión de que el artesano trabaja directamente para el público y que únicamente en el caso de que necesitara ayuda, permanecía solo, no asociado más que con su familia.

II

El régimen en vigor en los tiempos homéricos era la monarquía; algunas generaciones más tarde fué la aristocracia. Dice el autor que no tiene para qué ocuparse de la revolución que sustituyó á la una y á la otra; se contenta con indicar las consecuencias que trajo al orden económico.

Había entonces dos clases muy desiguales entre sí: los nobles y los campesinos. La primera tenía el prestigio del nacimiento, la autoridad política y religiosa, la riqueza y la cohesión que engendra el espíritu de corporación. La segunda, pobre, modesta y poco numerosa, no poseía casi nada y vivía trabajosamente de lo que podía hacer con sus manos; es-

taba á la disposición de los ricos, de quienes tenía los medios de subsistencia y no podía contar con la realeza que en otros tiempos le prestó su apoyo. La función esencial de la aristocracia era el gobierno y la guerra. Ejercía el poder sin participación de nadie y defendía el territorio con el concurso del resto de la población. Se debía por completo al Estado; sus obligaciones civiles y militares eran las primeras, y como consecuencia de ello estaban expuestos á ser llamados para el servicio público. Era necesario, por lo tanto, que estuvieran libres de todos los deberes de la existencia para poder responder al llamamiento de la ciudad.

Encontraban en los esclavos un recurso que no dejaban de utilizar: primero los empleaban en el cultivo de las tierras, y luego les dejaban que hicieran todo lo necesario en la ciudad. Entonces fué cuando comenzó á organizarse el comercio de los esclavos; la importación de trabajadores se hacía con gran regularidad; mercados de hombres los había por todas partes y así podían proporcionarse el personal que necesitaban. Los brazos abundaban hasta el punto de que se llegó á reformar el sistema de explotación del suelo; se derribaron los bosques, y lo mismo en ellos que en los terrenos baldíos se sembró el trigo y se plantó la viña en donde antes sólo había pastos, y este trabajo se hizo por la mano de obra servil.

Entonces apareció una institución nueva que comenzaba á percibirse en los poemas de Homero, pero que no se extendió sino después de él, que era la servidumbre.

No entraré, dice el autor, á saber cómo nació, pero veo que no hay siervos sino donde existe una poderosa aristocracia; parece creada por ellos y para ellos. Se les encuentra en Laedemonia, en Mesina, en la Argolia, en Sijzione, en Creta, en Tesalia y aun en otras partes con caracteres diversos. La condición del siervo es intermedia entre la libertad y la esclavitud. Era un hombre del país que su amo no podía vender al extranjero y que en revancha no le era posible abandonar el dominio en que se había fijado. Tenía una familia, y si no era apto para poseer la tierra, se dedicaba al cuidado

del ganado. La ley protegía su persona, excepto en Esparta, en que los ilotas eran duramente tratados á consecuencia de su carácter insubordinado. Instalados hereditariamente en una tierra que no les pertenecía, pagaban un arrendamiento inmutable. No era una parte proporcional de lo recolectado, sino una cantidad invariable de vino, trigo y aceite. Si el inmueble era más productivo, para él era la ventaja, y por lo tanto, no era raro que los ilotas de Laconia tuvieran economía hasta el punto de que, hacia mediados del siglo ni antes de Jesucristo, seis mil estuvieron en condiciones de pagar su libertad. La labor de los siervos les proporcionaba los medios necesarios y habían tomado sus medidas para que la tierra no dejara nunca de pertenecerles, evitándose de este modo la ociosidad.

En Ática, se procedió de diferente manera: en ese país el siglo vu estaba acaparado por los ricos, que confiaban la explotación de los *pelâtes*. Éstos no eran ni esclavos ni siervos, sino hombres libres que cultivaban la tierra ajena en virtud de un contrato, voluntario; entregaban al propietario las cinco sextas partes de los frutos, quedándose únicamente con la sexta restante. Hay quien duda que se contentase con parte tan insignificante el colono; pero además del testimonio de Aristóteles, hoy existe una tarifa análoga entre los árabes de la Argelia.

La condición de estos trabajadores era indudablemente muy precaria y apenas podían pagar las rentas, teniendo que pedir muchas veces que les adelantaran los medios necesarios para el cultivo, en cuyo caso el propietario tenía el derecho de llevarlo á su casa para que trabajara por su cuenta hasta que le reintegrase, á menos que prefiriese que le vendiera como esclavo. Las poesías de Solón demuestran que no era una vana amenaza. El pueblo no encontraba más remedio á sus males que el reparto de las tierras. La legislación no fué tan lejos: se limitó á liquidar lo pasado, aboliendo todas las deudas, y para el porvenir prohibió que los prestamistas pudieran apoderarse de la persona del deudor.

Esclavitud, servidumbre, colonia, éstos eran los medios que los ricos tenían á su disposición para no trabajar en los campos, sin menoscabo de sus intereses y á fin de tener un ingreso normal, que les permitiera consagrarse á las ocupaciones de la guerra y de la política.

Un poeta que parecía haber escrito en el siglo VII ó VIII antes de nuestra era, nos enseña lo que eran los pequeños propietarios de Beocia, que no gustaban del trabajo, hasta el punto de que Perseo prefería pasearse al sol, llenarse de deudas y de pleitos antes de trabajar; mientras que Hesiodo era todo lo contrario: «el hombre ocioso, decía, es igualmente censurable para los dioses que para los hombres; es un insecto sin aguijón; considera que el trabajo no atrae, sino que es una imperiosa necesidad. Si los dioses no nos hubieran ocultado los recursos de la vida, se podría en un día juntar lo que habríamos de consumir en un año entero, dejando en los establos á los bueyes y á las muías; pero la divinidad ha obrado de otra manera, ha querido que el hambre fuera el compañero inseparable del holgazán, y es por lo que estamos condenados á trabajar incesantemente). A juicio de Hesiodo, el trabajo no evita solamente la miseria, sino que es un medio de adquirir la independencia y la seguridad. Como vivían en un régimen muy opresor, nada protegía á las clases inferiores contra las iniquidades de los grandes. El que baja la cabeza ante un yugo opresor tiene al mismo tiempo un espíritu libre, á quien el sufrimiento excita á la acción, porque quiere dirigirse por sí mismo y todo lo espera de su trabajo.

Si estas tendencias eran comunes en Grecia entonces, se comprende que los que se dedicaban á esta clase de trabajos buscaran la manera de enriquecerse, y como la agricultura no les proporcionaba los medios, porque un lazo indisoluble unía la tierra á la familia, que pertenecía á las generaciones que se sucedían, y cuyo jefe no tenía más que la administración, pasaban necesariamente de padres á hijos, y como eran desconocidos los medios que más tarde contribuyeron á hacerla movable, como la donación, el testamento y la venta,

los particulares tenían interés en que no saliera de sus manos, y la aristocracia velaba para que se mantuviera esta costumbre, porque si se empobrecían, preparaban su decadencia.

Afortunadamente, la industria y el comercio vinieron á suplir esta deficiencia: hacia el siglo vin antes de Jesucristo principiaron estos medios de actividad á desarrollarse; una de las causas que le favorecieron fué la desaparición de la familia patriarcal bajo la influencia del espíritu individualista; las diversas ramas que lo componían trataban cada vez más de emanciparse. Cada matrimonio quería tener su hogar; los hijos que se casaban, en vez de vivir en común, se separaban los unos de los otros, estableciéndose aparte. La antigua familia, tan numerosa y compleja, se reemplazó por otra más reducida é incapaz de servir para las ocupaciones múltiples de otra época. La industria doméstica no dejó de existir entre los ricos, y se siguió viendo el trabajo de los tejidos y del cosido en mano de los esclavos. Pero como la familia era reducida, se establecieron una multitud de instalaciones de trabajadores independientes, que Xenofonte describe, en las pequeñas poblaciones, diciendo son los mismos individuos los que hacen las camas, sirven la mesa, acompañan los carros y se consideran muy felices cuando encuentran clientes que los empleen. Por el contrario, en las grandes ciudades, en donde muchas gentes tienen las mismas necesidades, se puede vivir con una profesión única y aun dividirse, como sucedía con los zapateros de hombres y mujeres.

Otras causas ayudaron también al desenvolvimiento de la industria. Una de ellas fué la decadencia de los fenicios, que habían acaparado por largo tiempo los mercados del Mediterráneo oriental ó impedido toda concurrencia; la necesidad para ciertas ciudades de compensar la inferioridad de su territorio estrecho y estéril, el deseo de algunos de utilizar las ventajas que les ofrecían, ya sea la situación marítima, ya sea la proximidad de alguna zona minera, el amor creciente; del bienestar y del lujo, y sobre todo las cualidades innatas;

del pueblo griego, tan ingenioso, tan dispuesto á asimilarse perfeccionando lo que hacían sus vecinos, puesto que hubo casos en que la misma aristocracia tomó la iniciativa del movimiento industrial y comercial. Rechazó el asociarse por rutina y por menosprecio del trabajo, sin comprender la evolución que se realizaba, dejando así libre el campo á la clase baja. Los campesinos, que estaban excluidos de la posesión del suelo, se aprovecharon de la abstención de los nobles para apoderarse del dominio que en vano se les disputaba, y se echaron por la vía que les quedaba abierta y en donde encontraron la riqueza. Así vino una transformación radical en Grecia, puesto que se creó para la industria, para el tráfico y para la navegación una nueva manera de hacer fortuna; transformación social, porque salió de ahí una especie de burguesía urbana que vino á interponerse entre la clase de los nobles y la de los paisanos, que habían existido hasta entonces separados por un abismo; transformación política, porque los antiguos trabajadores de la tierra se sintieron pronto bastante fuertes para arrancar el poder á la oligarquía, primero en provecho de la monarquía y luego en el de la democracia. Jamás se produjo en el mundo helénico un cambio comparable á éste, y fué provocado por la aparición ó, mejor dicho, por el desenvolvimiento de una forma de trabajo que la Grecia no había conocido sino en estado rudimentario.

Los regímenes que se sucedieron á la oligarquía tuvieron por todas partes cuidado de aconsejar el comercio. No se pensó en defender la producción nacional con tarifas de aduanas; los derechos percibidos en la frontera eran fiscales y una cantidad sumamente moderada, el 2 por 100, y sin medidas primitivas ni proteccionistas. No se creyó necesario separar á los obreros extranjeros; por el contrario, se les atraía por la promesa de buenos salarios cuando la mano de obra indígena era rara ó falta de experiencia. En algunas partes se castigaba como un delito la holganza del pobre. Solón quería que el padre de familia, cuando no tenía recursos, enseñase un oficio á sus hijos. El Estado hacía obras públicas para pro-

curar trabajo á los obreros y para embellecer las ciudades. Ferieles se jactaba de haber así facilitado la vida de todas las clases. En Sibaris había privilegios de invención hasta para los cocineros que imaginaban un plato nuevo y se daban excepciones de impuesto al que teñía las telas de un color á otro. Había tratados de comercio que concedían á los habitantes de una ciudad el derecho de exportar los productos naturales de un país lejano sin pagar impuestos. Aristóteles decía que un hombre de Estado no debe perder ninguna ocasión de hacer arreglos que faciliten el tráfico. Toda la política exterior de Atenas fué buscar materias primeras y proporcionarse mercados. Las colonias que fundó y las adquisiciones territoriales que hizo, como el imperio marítimo que creó en el siglo v antes de Jesucristo y que trató de restaurar en el vi, no tenían más objeto que servir los intereses de la industria y de la clase industrial. Un contemporáneo observa que la preponderancia del pueblo ateniense en Grecia lo colocaba en condiciones exclusivas de enriquecerse.

Los representantes de las antiguas ideas se obstinaban en desdeñar esta clase de trabajo, y los filósofos era inútil que alegasen que el ciudadano, para estar á la altura de sus obligaciones, debe ser como en Esparta, que puede vivir enteramente sin el trabajo de otro, evitando las profesiones manuales, que tienen el doble inconveniente de degradar el cuerpo y el alma, opinión que estaba en desacuerdo con el sentimiento público y las legislaciones democráticas. En Atenas, por ejemplo, la ley reconocía al trabajador más humilde las mismas prerrogativas políticas que al resto de los ciudadanos. Nadie se abochornaba de su oficio y no era una humillación para Cleón el ser trabajador ni para Demóstenes ser hijo de un armero. Un portero que hacía un exvoto á una divinidad no tenía inconveniente en declararlo así en su petición. En los relieves funerarios se indicaba frecuentemente la profesión del difunto. Echar en cara á una mujer el que vendiera cintas, en la plaza era exponerse á un proeeso de difamación. Grandes inteligencias, como Pericles y Tucídides, estimaban

que la vergüenza consistía, no en ser pobres, sino en ser holgazanes con lo cual se felicitaba de los que cumplían sus deberes cívicos concillándolos con la práctica de su oficio.

Así la democracia introducía entre los griegos una manera nueva de ver el trabajo. Su acción se ejercía de diferente manera que la de la aristocracia: lo que ésta había rebajado y despreciado, aquélla lo realzaba y lo ennoblecía. La primera se contentaba con gozar de la riqueza, dejando á sus inferiores el trabajo de crearla; la segunda creaba la suya, aplicándola con su actividad personal á procedimientos hasta entonces desconocidos. Si el régimen oligárquico hubiera durado, la Grecia hubiera sido un país pobre; la democracia fué quien la orientó hacia la industria, hacia el comercio y hacia el mar, principales causas de su prosperidad; ella fué quien le ensoñó su verdadero destino y quien le abrió las condiciones y las cualidades en que ésta raza debía encontrar su más útil empleo.

III

La igualdad civil y la política no traen necesariamente la igualdad social. En Grecia mismo, en el momento en que la democracia estaba en toda su fuerza, había clases determinadas, si no por el nacimiento, al menos por la fortuna. Ricos, gentes en buenas condiciones y pobres, división que sobrevivió sin estar jamás escrita en la ley, de donde se deduce que estas diversas categorías de individuos no entendían el trabajo de la misma manera. Estas son las divergencias que el autor quiere hacer notar, tomando por tipo la república ateniense del iv y v siglo.

La propiedad de la tierra había perdido desde largo tiempo su carácter original; las reglas que antes la unían á un número pequeño de familias habían desaparecido y los bienes

circulaban de mano en mano; la donación, el testamento, la hipoteca, la venta, ponían el suelo á merced de todos; se habían dividido hasta el punto que el año 400 antes de Jesucristo, 15.000 ciudadanos de los 20.000 poseían un inmueble rural en Ática. La adquisición de la tierra estaba prohibida á otras clases además de los esclavos. Los extranjeros, hasta los que habían elegido domicilio en el país, así como los que habían conseguido su libertad, tampoco tenían el derecho de ser propietarios, á menos de un favor excepcional. El Estado les otorgaba el privilegio, pero la ley limitaba á 2.000 francos el valor de las casas y á 12.000 el de las tierras que pudieran comprar. En el dominio industrial y comercial no existían estas demarcaciones ni había esta diferencia entre ciudadanos y extranjeros; cada cual tenía la libertad de escoger la profesión que quisiera y á esto especialmente se dirigieron por la prohibición que se les hacía de adquirir el suelo. Los libertos tenían el monopolio de las operaciones de banca; pero muchos ciudadanos se ocupaban como jefes de industria, como simples artesanos ó como negociantes.

La economía rural reposaba sobre el principio de explotación directa, puesto que la servidumbre había sido ignorada siempre de los atenienses, así como la colonia. En cuanto al alquiler de los predios rurales, sólo se cuidaban de él en favor del Estado, de los templos y de las asociaciones; no había ningún particular que alquilase su campo, pero todos lo hacían valer por procedimientos diferentes.

Es menester distinguir entre el pequeño y gran propietario; los primeros tenían dos ó tres esclavos y cultivaban la tierra ellos mismos con sus familias; los segundos eran raros y sus predios no tenían dimensiones determinadas. Si no tenían facilidad para labrarlo ellos, dirigían las labores. Unos y otros tenían trabajadores libres y esclavos; el obrero libre cobraba por días, por semanas ó por meses, pero eran pocos los ocupados; la mano de obra servil abundaba en Ática, no era cara, pues no pasaba de 200 francos el precio del esclavo rural. En la industria sucedía otro tanto: había en Atenas una

multitud de pequeños artesanos que tenían todos los oficios. Al lado de los ciudadanos se encontraban muchos extranjeros, de que indistintamente se valían; la única diferencia consistía en que cada cual tuviera su participación, así es que lo mismo en las galerías de las minas que en los lavaderos, se advertía la división; en la región de Laurión las concesiones estaban extraordinariamente divididas. A juzgar por los documentos de aquella época, el artesano trabajaba siempre para el Estado ó para el público: difícilmente lo buscaban los patronos, porque hasta en la albañilería encontraban los auxiliares en su propia familia. El hijo seguía por regla general el oficio de su padre y algunas mujeres el de su marido, de que era ejemplo Artemisa, que doraba las armas que hacía su marido. Nada impedía que tuvieran su clientela propia las mujeres, y la prueba es que, aparte de las nodrizas, en Atenas había panaderas, tintoreras, vendedoras de cintas, coronas y hasta revendedoras.

Los talleres, que eran vastos en Ática, el mayor que se conocía era la fábrica de armas que Kefalos poseía en el Pireo y que reunía 120 obreros. El padre de Demóstenes tenía una fábrica de espadas con 22 esclavos y otra de muebles con 20. Algunas concesiones mineras, entre otras las de Nicias, tenían 1.000 esclavos, la de Epicrates que le producía un beneficio anual de 600.000 francos y otras semejantes; pero se puede afirmar que la industria actual estaba ignorada de los griegos. Las aglomeraciones de obreros no podían compararse con las nuestras; tenían talleres, pero no fábricas, como que carecían de nuestras poderosas máquinas, contentándose con simples artefactos, sin pedir la fuerza motriz á la naturaleza; con tanta más razón, cuanto que las fortunas individuales eran pequeñas y no se formaban asociaciones de capital.

Los jefes de industrias no tenían la previsión de valerse de hombres libres; preferían los esclavos, á juzgar por lo que mencionan los autores. El patrón no era necesariamente el propietario de su personal, á veces era solamente el arrenda-

dor; cuando no quería comprometer su dinero con la compra de hombres y aunque no era más barato valerse de esclavos, tenía una autoridad sobre éstos que no era posible aplicar á los segundos. Podía privarles de la comida, podía encadenarlos, pegarles y hasta estimularlos por medio de promesas de darles la libertad. Los monumentos certifican esto mismo, ya en la pintura de los vasos de barro, en que se ve al patrón haciendo las operaciones de cocinero, ó bien en otro de zapatería, en que el patrón parece por el gesto dar una orden á sus operarios.

Había propietarios é industriales laboriosos y otros que no lo eran, de los cuales el autor cita bastantes ejemplos. Muchos se valían de los esclavos porque éstos no tenían nada, ni aun sus economías, y si sospechaba algo el patrón, podía hasta deshacerse de ellos. El liberto era menos dependiente del patrón, pero si le convencía del robo, podía volverlo al estado de servidumbre. Á veces se alquilaban los esclavos y aun los talleres con los esclavos que en ellos trabajaban, y esto era tan común que Xenofonte aconsejaba al Estado que adoptase este sistema.

Estas diversas combinaciones tenían por objeto asegurar á los propietarios y á los industriales todas las ventajas de la holganza, sin privarlos de su renta. Este privilegio era exclusivamente de los nobles en un principio, pero luego se comunicó á la burguesía á medida que iba enriqueciéndose.

Según Platón, todo ateniense que se enriquecía perdía el gusto al trabajo. En estas ciudades las costumbres eran sencillas y los gustos modestos y no había el interés de alardear de dinero, porque siempre se temía excitar las envidias; en cuanto se lograba alguna fortuna no pensaban más que en gozar; lo malo es que el ejemplo fué contagioso y la gente del pueblo reclamaba también el derecho al descanso, aunque no fuera más que para ocuparse de sus derechos civiles. La democracia tenía sus exigencias temibles: se llamaba al ciudadano á la Asamblea, al Consejo, al Jurado, á las funciones públicas, robándole así una parte de su tiempo. Aun así,

se hubieran contentado con reclamar la participación de todos en el gobierno, salvo atribuirle de hecho á la burguesía; pero desde fines del siglo v se quiso que la realidad estuviera en armonía con la teoría y que cada cual tuviera parte igual en la soberanía, hasta el punto de que los pobres recibían albergue y trigo gratuitamente y se repartían la carne de las numerosas víctimas que la ciudad inmolaba en honor de sus dioses, organizando periódicamente comidas que los ricos pagaban, así como cuando había representación en el teatro les pagaban sus localidades. Si estaban enfermos los cuidaban los médicos oficiales gratuitamente; si se quedaban inútiles, les daban un socorro diario. El Estado se arreglaba, en una palabra, para ponerles al abrigo de sus necesidades. Lo que aumentaba aún la aversión al trabajo era que nada distinguía su labor de la del esclavo. Por poderoso que fuera en la democracia ateniense el espíritu de igualdad, no llegaba hasta confundir al ciudadano y al esclavo. El ciudadano más humilde tenía, y aun por el liberto, todo el desdén de un aristócrata. Se persuadía de que trabajando como él se rebajaba á su nivel y creía que su oficio tenía un carácter servil, porque había esclavos que lo ejercían también, y tendía á refugiarse en la inacción para salvar su dignidad.

El régimen democrático cuando llegó á su último desenvolvimiento acabó por producir los mismos efectos que el régimen oligárquico. En el uno y otro la holganza del ciudadano fué la consecuencia natural de sus derechos políticos. Para ser verdaderamente lo que se quería que fuese el ciudadano era menester que se prescindiera de las exigencias materiales de la vida y que fuera dueño absoluto de su tiempo. Según Pericles, una de las condiciones de la república ateniense era que cada cual pudiese desempeñar simultáneamente sus negocios y los del Estado. Más tarde, las dos cosas se vio que eran incompatibles y que era necesario escoger. Si á las gentes del pueblo se les pagaba todo por el Tesoro, no tenían para qué trabajar, y si lo hacían era porque no recibían suficiente remuneración. Los extranjeros do-

miciliados estaban en muy diferente situación; no tenían ninguna obligación política ni esperaban nada del Estado; por lo tanto, su actividad, lejos de disminuir, se acrecentaba hasta el punto que en los talleres públicos había en el siglo v tantos ciudadanos como extranjeros, mientras que en el siglo iv había dos veces menos, y, por lo tanto, invadieron bien pronto el dominio industrial y comercial. La evolución fué semejante en los dos casos y vino como consecuencia de las condiciones de la vida pública.

IV

Un paso más conducía al socialismo.

Si se da este nombre á la doctrina que lleva al Estado á recoger la propiedad para establecer la igualdad social, no es dudoso que siempre entre los griegos hubo una gran tendencia al socialismo. Esto no puede sorprender al que reflexione que el Estado tenía en aquel tiempo derechos ilimitados sobre el individuo y sobre sus bienes. Lo más radical del sistema que se relaciona con este concepto, es decir, el comunismo, sedujo á varios filósofos, tales como Platón, los cínicos y los estoicos, así como entre el pueblo más de un poeta cómico se toma el trabajo, como Aristóteles, de ponerlo en ridículo, prueba inequívoca de que esta utopía gustaba al público; pero, en general, los griegos jamás pensaron en retener las tierras de una ciudad sin dividir las para que gozaran de ello los ciudadanos. Si algunos teóricos pensaron que la apropiación del suelo era un mal, no fueron seguidos por los hombres políticos. Éstos se pronunciaron invariablemente por el principio de la propiedad privada, y todas sus ambiciones se limitaron á transferir la de los ricos á los pobres. Los atentados innumerables que fueron cometidos contra la propiedad en el curso de los siglos tuvieron el objeto, no de suprimirla, sino de repartirla de otra manera; los

más revolucionarios no buscaban sino una perecuación de fortuna. Cuando se procedía á una partición, no se hacían partes rigurosamente iguales, ni se impedía que renaciese la desigualdad del día siguiente, hasta el punto de que no era raro que la obra realizada se anulase, devolviéndola á los que antes la tenían.

Las ambiciones de la muchedumbre se dirigían principalmente hacia la tierra, porque ésta era la más aparente y sólida de las propiedades; pero no se deduce de aquí que respetasen los esclavos, ni al dinero ni á los objetos mobiliarios. Ponían la mano sobre todo cuando se presentaba la ocasión, cubriendo esas expoliaciones con cierto carácter de legalidad; pero las más veces recurrían á la violencia cuando había una sublevación contra los ricos; si triunfaba, los vencedores mataban á sus adversarios ó los desterraban. La muerte traía la confiscación de todos los bienes de las víctimas, y los nuevos dueños de la ciudad disponían por regla general como querían y las más de las veces se quedaban con ellos. La historia de Grecia está llena de estas revoluciones. Principiaron cuando los conflictos contra el partido aristocrático y democrático y duraron hasta la conquista de los romanos. Este singular fenómeno del pueblo, dispuesto á hacerse pedazos en una serie de generaciones, no puede explicarse por el egoísmo de los ricos y el deseo de dinero de los pobres. Debe tener causas más profundas; he aquí una que salta á la vista.

El hombre libre, dice el autor del artículo, que quería ganar su vida trabajando, procuraba evitar la concurrencia del esclavo desde el momento que el salario se determinaba por el precio de la mano de obra del siervo, puesto que el uno tiene que contentarse con lo que el otro gana, á menos de quedarse abandonado. Como entonces no podía contar con la huelga, esta arma, tan eficaz en nuestros días, no hubiera tenido virtud alguna, pues hubiera bastado para paralizarla dirigirse á la mano de obra rival, que era la del esclavo, que no tenía el medio de desobedecer á su patrón. El esclavo le hacía mucho daño al obrero libre, puesto que le quitaba tra-

bajo. Desde el momento en que había un individuo que era menester alimentar y darle casa, después de haberle pagado, no se le dejaba que estuviera parado. Si nuestros industriales pierden cada vez que las máquinas se paran, la observación es más clara para los poseedores de esclavos. Una máquina parada no es más que un capital que produce gastos sin ninguna ventaja. Era, pues, doblemente necesario al que tenía esclavos en Grecia hacerles trabajar, ya en su casa, ya en otra parte, y todo lo que se hacía era otro tanto perdido para el hombre libre. La clase servil aumentaba por consiguiente. Aun cuando no hay cifras precisas sobre ello, se sabe que en los últimos tiempos de la dependencia helénica se alimentaban en Egipto, en Arabia, en Armenia y en Persia.

Para remediar este mal hubiera sido conveniente que el Estado defendiera la mano de obra libre; mas como Grecia se desinteresaba de todo lo relativo al trabajo, que dejaba lo arreglar a la iniciativa privada, hubiera sido necesario que la prosperidad general de la Grecia hubiera sido mayor que el número de sus esclavos, pues en este caso no hubieran podido éstos saberlo todo y hubieran podido ocuparse sus rivales. La Grecia parece haberse empobrecido después de la conquista de Macedonia. El siglo ni antes de Jesucristo vio formarse alrededor de ella multitud de reinos nuevos al desmembrarse el imperio de Alejandro, que vinieron á ser centros de producción agrícola é industrial, dando un golpe á Grecia. Ésta fué desposeída particularmente de su clientela exterior por ciudades como Alejandría, Rodas y Pérgamo. Fué perdiendo poco á poco sus antiguas salidas, y el trabajo se restringió de día en día manifestándose la decadencia, produciéndose una perturbación comparable á las dificultades económicas en el mundo moderno por el desenvolvimiento rápido de ciertos Estados nacidos á la vida industrial y comercial. La Grecia fué incapaz de resistir y comenzó su ruina.

Una crisis de esta gravedad forzó á sus ciudadanos pobres á expatriarse por todo el Oriente, que se tenía por rico entonces, y adonde no les parecía que salían de su país, pues-

to que la mayor parte de los monarcas eran de origen helénico. Si tenían afición á la guerra, se alistaban como mercenarios; á veces se establecían en comarcas lejanas, en donde se les daban tierras; así es que los que permanecían en Grecia eran los más desdichados y siempre en peligro de caer por las deudas en servidumbre, menos en Atenas, en donde es sabido que nadie podía sufrir este castigo.

Era natural que pensaran en los bienes de los ricos, sobre todo en un país donde no pasaba lo que en la actualidad, que el rico puede disfrutar su fortuna; pero haciendo gozar al mismo tiempo al pobre por el trabajo que le proporciona. Los mismos fenómenos que se producen ahora tenían lugar en los últimos tiempos de Grecia; pero como el trabajo allí tenía un carácter servil, el amo, que era al fin el capitalista, lo recogía todo. Como el capital era inútil para el ciudadano pobre no tenía interés en respetarlo, sino, por el contrario, le inclinaba á apoderarse de él, y así se explica la facilidad de las luchas sociales que agitaron este período de la historia de Grecia. En Esparta trataron de proceder con cierta regularidad en la reforma, que se hizo imposible merced á la hostilidad de los privilegiados, y los príncipes que quisieron llevarla á cabo el uno fué muerto y el otro desterrado. Por todas partes no hubo más que una serie no interrumpida de asesinatos, de destierros y de expoliaciones. Como la clase inferior tenía la fuerza del número, abusaba. Los filósofos inventaron para resolver el problema sistemas muy sabios, pero de los cuales no se hizo caso alguno. La multitud obraba con brutalidad sin límites bajo el impulso del odio engendrado en ella por la pereza y la miseria. Los pobres no tenían más que un deseo: reemplazar á los ricos y ser propietarios. De ese modo se cambiaba el mal, pero no se evitaba. Se satisfacían las necesidades del momento, pero no se preparaba un porvenir mejor; las revoluciones sólo producían crueles represalias. Estos desastres acabaron de destruir el amor al trabajo. Para cúmulo de desgracia, cuando un partido era débil para atacar ó para defenderse, no dudaba en pedir el apoyo al

extranjero, no solamente haciéndolo á los vecinos más cercanos, sino pidiendo la intervención de la Macedonia y de Roma, trayendo como consecuencia que, cuando esas potencias pusieron el pie en Grecia, no quisieron salir. Esas guerras sociales arruinaron el patriotismo y el interés privado, preparando el envilecimiento general. El origen primero de todo esto fué la mala organización del trabajo. Los contemporáneos no lo comprendieron, y si se apercibieron no hicieron ningún esfuerzo para corregirlo. Cuando Agis y Cleome-ne quisieron reorganizar la sociedad de Esparta, aplicaron toda su inteligencia y energía á la cuestión de la propiedad y olvidaron la cuestión del trabajo. Los griegos estaban persuadidos de que la función principal del ciudadano era el servicio al Estado. De esta concepción fundamental vinieron fatalmente las consecuencias. Como los nobles al principio eran los encargados de gobernar y de combatir, y se arrogaron el privilegio de la ociosidad por una razón análoga, los burgueses ricos abandonaron el trabajo á los pobres y á los esclavos. Por esta misma razón, y para tener tiempo de cumplir con sus deberes cívicos, reivindicaron los pobres el derecho á la propiedad y al descanso. Á medida que los individuos llegaban á la vida pública trataban de libertarse de las preocupaciones de la vida material, y el trabajo bajaba un grado en la jerarquía social cada vez que una clase nueva subía ese grado en la jerarquía política, recayendo así el trabajo en los extranjeros y en los esclavos, es decir, en todos aquellos que estaban fuera de la ciudad. Desde el momento en que el Estado pretendía absorber toda la actividad del ciudadano, era legítimo que alimentase á aquellos que no tenían recursos propios, que era tanto como reclamar un salario. No pudo cargar con un gasto semejante el Estado y obligó á los pobres á que despojaran á los ricos de sus bienes, desencadenando sobre la Grecia espantosas violencias, en que se hundió su prosperidad y pereció su independencia.